

JOSÉ ÁNGEL VALENTE: ASCESIS Y LASCIVIA¹

SAÚL YURKIEVICH

La poesía de José Ángel Valente —concentro mi atención en su obra postrera— es poesía de la consumación, ascesis que despoja al verbo de todo exorno inútil. Renegando de la elocuencia, pone en juego una retórica del despojamiento y de la ausencia resonante. Como un *gong* tibetano, al menor golpe su lengua tañe y se expande; perpetúa su vibración. Su voz se sitúa en la linde de lo decible, deporta al más allá de la palabra, al silencio reverente.

Valente, el poeta realista del comienzo, instalado sartreanamente en su circunstancia social, en la hora negra de España, ahora no consta ni testimonia ni circunstancia, ejerce un arte pobre, ausente del ágora y la polis. Reniega de su siglo devastador y homicida, del fragor y del horror. Repudia esa máquina exterminadora que arrolla, asola y despoja, esa trituradora de cadáveres:

La Historia, trapos,
sumergidas banderas, barras
rotas, anegadas estrellas bajo

1 Esta ponencia inédita tuvo lugar con ocasión de una serie de encuentros denominados *Poeta del tiempo presente. Jornadas de homenaje a José Ángel Valente*, organizados por el Instituto Cervantes de París, con la colaboración de la Embajada de España y el Círculo de Lectores, entre el 25 de abril y el 20 de mayo de 2005. (Para mayor detalle sobre dicho homenaje remitimos a la siguiente dirección electrónica: https://paris.cervantes.es/FichasCultura/Ficha30371_30_1.htm.) Si ahora puede incluirse el texto en este *dossier* que *Prosemas* dedica a José Ángel Valente, es debido a la gentileza de los herederos del profesor Saúl Yurkievich y de los responsables del Instituto Cervantes: Luis García Montero y Raquel Caleyá Caña, Director y Subdirectora de Cultura respectivamente de la citada institución, y Sonia Fernández Delgado. Los editores de la revista se congratulan de que las personas mencionadas hayan accedido de forma generosa y desinteresada a propiciar este acontecimiento y hacen pública su más profunda gratitud.

la deyección
 («Hibakusha», *Al dios del lugar*, 1989: 235)².

Quitar la historia es quitar la destrucción, la muerte bastarda, la muerte atómica. Tampoco en este abandono de lo eventual, en este desnudamiento del ser queda lugar para lo biográfico, incongruente e ilusoria ilación de lo fortuito:

Y esa oscura carencia
 de hechos y de días
 borraba, más real,
 la ficticia hilazón
 de tu biografía
 («Memorias», *Al dios del lugar*, 1989: 226).

Poesía de la soledad óptica, de la enigmática sombra que sote-
 rra los arcanos, del regreso en busca de sí mismo, de lo axial, del
 nóumeno, de la otredad ensimismada, de la anhelada trascendencia:

Dime
 con qué rotas imágenes ahora
 recomponer el día venidero,
 trazar los signos, tender la red al fondo,
 vislumbrar en lo oscuro
 el poema o la piedra
 el don de lo imposible
 ([«Objetos»], *Material memoria*, 1979: 17)³.

Poeta vespéral, poeta de la noche, Valente escribe del otro lado
 del espejo, lado del opaco azogue, en constante transfusión con el
 trasfondo tenebroso, sin nombre y sin rostro. Trabaja en la noche de
 las destrucciones y engendramientos, con la honda napa germinativa,

-
- 2 El autor en su original no había consignado edición ni páginas de los poemas citados en esta oportunidad. Reponemos para el lector esos datos a partir de José Ángel Valente, *Material memoria (1979-1989)*, Madrid, Alianza Tres, 1992. Esta recopilación incluye los siguientes libros: *Material memoria (1979)*, *Tres lecciones de tinieblas (1980)*, *El fulgor (1984)* y *Al dios del lugar (1989)*. Cada uno de ellos se referirá con su año individual de publicación. Haremos lo propio, en lo sucesivo, con las obras posteriores.
- 3 Reponemos entre corchetes la ausencia de títulos de los originales (de Valente y de Yurkievich) con el dado a los poemas en el índice de la edición citada en la nota anterior.

con el adentro y el abajo donde se nace y yace, allí donde la sombra crea luz de alumbramiento.

Valente ya no consigna lo ocasional, no constata, va siempre más allá del enunciado. Su palabra transmigra y deporta. Allende siempre del sentido, no admite interpretación; demanda afinada escucha, recogimiento, apta acogida. Solicita aventurarse y ser alumbrado. «En realidad, el poema —dice Valente en *Material memoria*— no se escribe, se alumbra» («Cómo se pinta un dragón», 1979: 10). Se da a luz y en la obscuridad irradia. Incomunica, o comunica por enigma. En pos de la vislumbre oscura va por el trasver a la traslumbre (poesía de lo quedo, callando y a escondidas), va a lo abscondo, a lo recóndito, al misterioso principio que en la tiniebla interior anida. Valente gira en una órbita oscura y posesiva. La poesía es adentramiento; la suya se interna secretamente para llegar al plexo de la materia y de la carne, a la fuente anegada donde enraíza el árbol de la vida, a las aguas abisales que son fondo y origen, donde se restablece la solidaridad del comienzo, donde el uno reencuentra entrañablemente al otro y concuerdan y consueñan. Aspira a consubstanciarse y transfundirse, a la transubstanciación. Ávida de sacramento, anhela ser restauradora, restitutiva, reconciliadora, pero a la caza no da alcance.

En Valente hay anhelo, pero no credo ni fe. Se mueve en esa zona de tangencia e interpenetración, de ósmosis entre lo religioso y lo mitológico. Instauro el dominio irrestricto de la metáfora, la omnivalente analogía que todo con todo puede maridar. Esta remeda el reino primigenio de la unanimidad. Valente prefigura una mística, un estado de unión inefable del alma con el «dios del lugar», con el principio supremo, con una potencia iluminativa y redentora. Esta avenencia de quien vislumbra al resplandor de la Chekiná, el trono divino, es contacto con el misterio fascinante o influjo del hálito que anonada. La poesía de Valente no proviene de un devoto o de un alma pía, pero con reverencia se acoge a la plegaria. Infunde unción. Se remite a un núcleo abscondo, opera con el registro de lo sacro, obra en ella un *religare*, un religar trascendental con lo indecible e inescrutable.

A partir de *Material memoria*, no hay contexto, apenas alguna circunstancia; no hay colectivo ni lugar localizable (salvo la pasajera mención de alguna ciudad), no hay nominación, ninguna onomástica. El poema se sitúa en el *topos atopus*, el lugar sin lugar propio del enunciado poético, del sueño y del mito. Valente persigue cada vez más

salirse o sobresalirse de sí mismo, la pérdida de la identidad individual. Elige la salida radical, el apocamiento, el empobrecimiento que comunica con la vacuidad. Con receptividad y apertura máximas, aspira a la desnudez del espíritu vacío, al estado de suspensión en absoluta disponibilidad. Entonces, lo que une al uno, al primer precedente, se presenta; lo anterior a toda forma, lo primordial, se manifiesta. ¿Pero cómo decirlo? Solo se lo enuncia aproximadamente, por *coincidentia oppositorum*, por alusión hermética o por alegoría:

Estás
en tu luz no visible, no engendrado,
único, el único.

Se posa tu mirada
en la ausencia de ti o en la no descifrable
irrupción de tu forma en tu vacío
(«La nada», *Fragmentos de un libro futuro*, 2000: 80)⁴.

Se trata sin duda de una poesía de neta influencia teológica, emparentada con la palabra santa, con las religiones que veneran la palabra y con sus libros sagrados, hebreos, cristianos, búdicos, mahometanos, sánscritos, con la Biblia, la Cábala y el Zohar, con *El libro de la sapiencia* y los Sutras, con Hellaj Ibn Arabí, Juan de la Cruz, Meister Eckhart, Miguel de Molinos. Valente se propone restablecer el vínculo original entre poesía y mística, entre poesía y teogonía, teología y teodicea, entre poesía y profecía. Valente escribe uncido (con unción) a los grandes monoteísmos, a las teologías de la resurrección, de la suprema unidad, de la reconciliación y de la reencarnación.

El verbo pobre y parco del léxico reconcentrado, de las palabras matrices que no significan porque están preñadas de significación, está en situación de interioridad y anterioridad al sentido. Palabra de la humildad ascética, pobre letra de la linde, predice la inminencia.

Ahora rara vez cede Valente a la dramática tentación del tumulto, de la turbamulta expresionista de imágenes, a la metralla de metáforas audaces, a la caótica lujuria nerudeana, como en el poema XXXIII de *El fulgor* (1984: 181):

Ya llegas con tambores enormes de tiniebla,
con largos lienzos húmedos y manos olvidadas,

4 Citamos ahora de José Ángel Valente, *Fragmentos de un libro futuro*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2000.

con hilos que deshacen en aire la mañana,
 con lentas galerías y espejos empañados,
 con ecos que aún ocultan lo que ha de ser voz.

La sobrecarga obra cuando se refiere a las alteraciones de su cuerpo enfermo, que libra sufrida batalla por una salud irrecuperable. Valente vive su propio vía crucis que registra sobre todo (como elusiva historia clínica) en su libro póstumo, *Fragmentos de un libro futuro*, donde la muerte sobre la carne va paulatinamente extendiendo su dominio. La sórdida batalla se libra en la caja negra del cuerpo; allí, animales invasores excavan la entraña y revuelven las vísceras:

El cuerpo
 caído sobre sí
 desarbolaba el aire
 como una tribu socavada
 por armadillos, topos, animales
 el tiempo,
 nadie
 (III, *El fulgor*, 1984: 151).

Para Valente (como para José Lezama Lima), el acontecimiento fundamental del vía crucis de Cristo es la resurrección, la carne que se hace verbo, verbo encarnado. De modo semejante, el amor carnal es la experiencia extrema de la unión, y es Eros el unificador del ser escindido que recupera en la cópula la completud primordial. Valente sacraliza la sexualidad, vínculo de adoración entre contrarios que reabsorbe lo múltiple en lo uno, reintegrando la pareja amorosa al andrógino primigenio. Valente devuelve al eros a su extremo poder unitivo de suprema fusión y recíproca transubstanciación. Los enlaces entre eros, poesía y mística (Juan de Yepes es el patrono de estas bodas) subyugan a Valente, quien persigue a través de su lasciva escritura «la genitalidad asumida y excedida»⁵.

La lúbrica lujuria propulsa al verbo enardecido y lo exagera. El poema, pletórico de imágenes sensuales, es la estancia donde el amante, con desembarazo, exento de toda restricción de lo real y toda censura, consuma la completa posesión de la amada. Esta lujuriosa sensualidad contrasta en *Fragmentos de un libro futuro* con el

5 La cita (sin referencias en el original) corresponde al ensayo «Eros y fruición divina», de *La piedra y el centro* (1982). Cfr. José Ángel Valente, *Variaciones sobre el pájaro y la red* precedido de *La piedra y el centro*, Barcelona, Tusquets, 1991, p. 49.

decaimiento del cuerpo moribundo que excita fantasmáticamente, para recuperar vida, el anhelo viril. Entrar en amor es adentrarse en el mundo analógico que liga a la mujer con las grandes epifanías acuáticas. Así, cuando el varón sorbe los jugos vaginales, sorbe agua marina y se interna mar adentro:

Moluscos lentos,
sembrada estás de mar, adentro
de ti hay mar, moluscos del beber
en ti el mar
para que nunca en ti
tuvieran fin las aguas
(XII, *El fulgor*, 1984: 160).

Moluscos, valvas, vulvas, un mundo blando de húmeda turgencia alude a la morbidez carnal de la mujer amada; para representarla, el poema despliega metáforas de submersión y reblandecimiento, un mundo albuminóideo, fetal, disoluto, de disolución en la uterina interioridad del cuerpo femenino, donde adentrarse es anegarse como animal sumergido. La mujer motiva la penetración y el descenso imaginarios, los sueños de regresión al mar originario, de flotación en las aguas amnióticas:

Sumergido rumor
de las burbujas en los limos
del anegado amanecer,
innumerables órganos
del sueño
en la vegetación que crece
hacia el adentro
de ti o de tus aguas, ramas,
arterias, branquias vertebrales,
pájaros del latir,
arbóreo cuerpo, en ti, sumido
en los alvéolos
(XXVII, *El fulgor*, 1984: 175).

Este canto lúbrico es oscuro, afluye de una fuerza hundida, de «los limos del fondo», de lo inmerso surge el hombre, de negra pasta primordial, de negra nada preformal, «húmedo de noche» («Figuras», *Al dios del lugar*, 1989: 232), originado por el agua madre. La mujer marina retrotrae al comienzo, al nacimiento de la vida, a la aurora

cosmogénica, al primer alumbramiento, a un tiempo inmemorial sin cuándo ni jamás:

El pezón es el centro
de la nocturnidad
y el vuelo busca el centro
(«Pájaros», *Mandorla*, 1982: 90).

Todo lo primordial acaece en lo oscuro, es un regreso al útero generador y regenerador, al vientre cósmico de la madre placentaria. Todo retrotrae a la intimidad visceral, al germen de todas las formas y a la desnudez nativa.

En la poquedad, al borde, la palabra poética se profiere en un límite en que resulta imposible. Empieza en lo imposible. O principia en su recámara carnal, en la boca:

Humedecida
raíz.
Formaste
del barro y la saliva
el hueco y la matriz, garganta,
en los estambres últimos de ti
(XXXII, *El fulgor*, 1984: 180).

Como penetración alucinada y regresiva, como vuelta a lo cóndito del cuerpo y de sus sueños, al centro generativo del ser y del querer, esta poesía es crepuscular, nocturna: oficio de tinieblas. El ejercicio radical del arte es, según Valente, la retracción y el reconocimiento. El poema nace en lo oscuro, en la sombra matriz, en las aguas lustrales. La imagen viene de los ríos caudales del deseo.